La Rifa del Pardo Abdón

Javier de Viana

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7871

Título: La Rifa del Pardo Abdón
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 31 de octubre de 2022
Fecha de modificación: 31 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

La Rifa del Pardo Abdón

Bajo el ombú centenario que cerca del galpón ofrece grata sombra en el bochorno de enero, don Ventura, en mangas de camisa y en chancletas, recién levantado de la siesta, amargueaba en compañía de dos viajeros amigos que habían pasado en su casa el medio día.

Amargueaba y charlaba, cuando, caballero en un rocín peli-rojo y pernituerto, llegó al tranquito un muchachuelo haraposo que se quitó zurdamente el chambergo informe, gruñó un «güeñas tardes» y contestó a la indicación de apearse con el siguiente rosario, cantado de un tirón:

—Muchas gracias no señor manda decir mamita que memorias y cómo sigue la señora y que si le quiere hacer el por favor de comprarle un numerito d'esta rifa qu'es una toalla bordada por las muchachas que se corre el domingo en la pulpería e don Manuel en cincuenta números de a un realito cada número porque tiene mucha necesidá y como un favor y qu'es por eso que lo incomoda y que dispense.

Resolló al fin el chico y enseñó una vieja caja de cartón donde debía estar la prenda. Pero don Ventura, sonriendo, lo detuvo con un gesto, sin darle tiempo para enseñarla; y alcanzándole una moneda:

—Toma el realito y andate, —le dijo— yo no dentro nunca en rifas.

Luego dirigiéndose a sus tertulianos:

—Palabra, —exclamó,— no dentro en rifas de ninguna laya; y eso qu'antes era mu dentrador: pero, dende una pitada

machaza que me hicieron...

—Ha de ser divertido; largúela pues.

—No, es que ustedes van a decir qu'es cuento, y les asiguro qu'es más verdá qu'el bendito...

—No, don Ventura; ya sabemos que usted no miente, —dijo uno.

—Cuando ronca, — completó el otro.

Y el viejo, que se pirraba por darle a la sin hueso, haciendo caso omiso de la anticipada duda del auditorio, empezó así:

—No quisiera mentir, pero me parece que fué cuando las carreras grandes en lo'e Mendigorry, en que jugaban el *rabicano* de mi compadre Ledesma y el doradillo del capitán Menchaca... Sí, aura me acuerdo, fué allí mesmo, hará como pa seis años... ¿no hará seis años de las carreras grandes?...

—Sí, pu'hay ha d'andar.

—Pa mi gusto, sí, eso es, seis años... u siete. Pus güeno, tábamos merendando en la carpa e la parda Belisaria, varios amigotes, entre otros el tuerto Perdomo, el cachafás aquel qu'era medio dotor pu'el agua fría, —cuando se presenta el pardo Abdón... ustedes lo conocen al pardo Abdón, un abombao...

—Y haragán que d'asco.

—Eso mesmo, haraganazo, el pardo. El dotor, —nosotros siempre le llamamos *el dotor* al tuerto Perdomo,— encomenzó a buscarle la boca y a preguntarle cómo andaba con la renga Braulia y que cuándo se casaban, y qu'era una lástima que se perdiera casal tan lindo, y que fuí aquí y que fuí allá!... El pardo qu'era bobote...

—Eso ya dijo, don Ventura.

—Dije qu'era abombao.

—Es lo mesmo.

—No, ché; no es lo mesmo cola qu'espinazo... pero viá seguir...

El pardo, tuito redetido, le contestó:

—«¡Si tuviese pa los gastos!...»

—«¿Y cuánto precisás, pa los gastos?» —dijo el tuerto.

Y dijo Abdón:

—«Yo no sé, no señor... pero se mi'hace que con cincuenta pesos...»— y le relampagularon los ojos al pardo qu'era...

—Bobote, —interrumpió uno de los amigos de don Ventura.

—Eso ya dije, —replicó éste— qu'era namorao tamién.

—«¿Y rancho tenes?» —le preguntó el dotor.

Y él dijo:

—«Rancho, no señor, tamién no tengo... pero...»

—«¿Pero tenés amigos?»

—«¡Eso es, sí señor!...»

—«¡Es claro!... Y dispués que te casés con la renga, más entoavía!»

El pardo largó una risada y el dotor lo siguió hamacando.

—«Pues mira ché, no se ha'e decir que po'una miseria, e cincuenta pesos ande suelta yunta tan pareja que puede dar cría superiora. Yo te vi'a conseguir las cincuenta latas.»

—«¿Pa en cuándo?»

—«Pa hoy mesmo.»

—«¿De en deberas?»

—«Tan de endeberas como que vos sos el ñandú más ñandú de tuitos los ñanduces del pago. Escucha; va'a hacer una rifa. ¿Qué te parece?»

—«Lindo; pero es el caso que yo no tengo nada pa rifar, ¿sabe?»

—«¡Qué no vas a tener!... Veni p'acá.»

Y el dotor se llevó a Abdón p'ajuera y le metió labia, y de allá vinieron los dos, y el pardo se raiba, como si le cosquillaran las patas.

Perdomo se jué p'adentro, habló con el pulpero, pidió papel, hizo la lista y se vino y nos llamó a tuitos y juimos a la cancha'e taba, ande había un porción de amigos y leyó el papel que decía ansina:

«RIFA.—Se rifa en cincuenta números, a los daos y a peso el dentre, el pardo Abdón González. El que lo saque tiene derecho a tenerlo un año e' pión sin pagarle nada más que la comida».

Tuitos nos raimos 'e la ocurrencia'el tuerto y nos escrebimos. Se tiró a los daos... y me tocó a'mi el pardo!...

—¿Y lo llevó? —preguntaron los amigos.

—¡Qué lo vi'a llevar!... ¡si por la comida era caro!

—¿Y el pardo?

—El pardo se casó y antes del mes la renga Braulia, qu'era una desorejada se le alzó con un indio'e la costa'el Chuy.

Javier de Viana

Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.